

ADRIEN CANDIARD



EN
CUENTRO

100XUNO

*Cuando estabas
bajo la higuera*



LA FELICIDAD Y LA VOCACIÓN DEL CRISTIANO

Cuando estabas bajo la higuera

100XUNO

Adrien Candiard

Cuando estabas bajo la higuera

La felicidad y la vocación del cristiano

Traducción de Aníbal Díaz Gallinal



Título original: *Quand tu étais sous le figuier...*
Propos intempestifs sur la vie chrétienne

© Les Editions du Cerf, 2017

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2026

Traducción de Aníbal Díaz Gallinal

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

100XUNO, n° 173

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-301-8

Depósito Legal: M-23555-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda, 20 - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

I.....	17
II.....	29
III.....	39
IV.....	53
V.....	65
VI.....	77
VII.....	93
VIII.....	107
IX.....	119
X.....	131
XI.....	141
XII.....	155
Agradecimientos.....	165

*A Xavier Trémenbert,
cuya amistad acompañó las etapas de este pequeño libro
y espero que alimentará todavía
muchas otras conversaciones,
debajo de otras muchas higueras.*

A un estudiante veinteañero, jefe de *scouts* en sus horas libres, le gustaba preguntar a bocajarro, en los momentos más inesperados, a los adolescentes que tenía a su cargo: «¿Qué nota sobre 20 pondrías a tu vida?».

Eso siempre divertía a los *scouts* que respondían con una sonrisa, según el humor del momento, ya con el entusiasmo de un gran juego, o con el desánimo de un despertar difícil, después de una noche de vivac en el desierto. A los catorce o quince años la pregunta es bastante inofensiva, es solo un juego más.

Ya a los veinte, no es tan graciosa. Cuando se la hicieron al que preguntaba, la pregunta provocadora comenzó a hacer sentir su carga de inquietud por las esperanzas que no debía frustrar, por las elecciones difíciles, por los límites puestos sabiamente a la sed de felicidad absoluta. Pero a los veinte años nada está perdido y lo que nos inquieta es todavía el futuro. Al pasar los años es el pasado el que hará ese papel, con preguntas lacerantes: ¿He elegido bien? ¿He logrado mi vida? Y la pregunta se hace imposible de plantear. No solo porque sea simplista: a Dios gracias, ninguna vida cabe en una nota, como se califica una versión latina o

un ejercicio de matemáticas. Pero sí que está la angustia de la mala nota. ¿Qué hacer si la nota no llega al promedio? Muchas veces ya no es posible volver atrás. Tiene nuestra vida algo de definitivo: eso es lo magnífico y lo aterrador.

Esa es la razón por la que, pasados los años, solo nos atrevemos a hablar de la felicidad precavidamente. La vida nos ha enseñado a ser razonables, a no esperar demasiado de ella, a no soñar ya con una felicidad radical, como cuando teníamos veinte años. Aprendimos, a veces dolorosamente, a renunciar a la sed de absoluto, antes tan imperiosa. Nos consolamos considerando que, si bien por su lado la vida no tiene tanto para ofrecer, tampoco nos pide tanto como creíamos. Nos hemos acostumbrado a la comodidad, a la rutina, sin heroísmo y sin maldad. Basta con no hacer demasiado mal a nuestro alrededor. Con el tiempo, llegamos a convencernos de que esta mediocridad no es otra cosa que la sabiduría. «Quien habla de felicidad suele tener los ojos tristes», sintetizaba el poeta. Por eso, muchas veces no se habla de la felicidad.

Desde ese punto de vista los cristianos somos como los demás. Pero tenemos una dificultad específica: la felicidad. Todas las páginas del Evangelio hablan de ella. Si evocarlas nos pone melancólicos, será duro fijarse en esas promesas que pululan: «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» (Jn 15,11).

Y qué decir del célebre pasaje de las Bienaventuranzas en el que Jesús anuncia felicidad tras felicidad: «Bienaventurados los pobres de espíritu», «bienaventurados los mansos», «bienaventurados los limpios de corazón» (Mt 5,1-12). Es para ponerse triste cuando esta llamada a la felicidad solo despierta en nosotros sentimientos ya enterrados, entusiasmos abandonados. Como el perfume de un viejo amor al que no se ha renunciado del todo, aun si ya no merece que creamos en él. Es para llorar, sin duda, cuando esas promesas ya no despiertan más nuestro deseo sino solamente el pesar de viejas ilusiones. «Quien habla de felicidad suele tener los ojos tristes».

Especialmente cuando se ve bien que la felicidad de la que aquí se trata supera ampliamente la que nos prometen las instrucciones de «Salud y Bienestar» de las revistas, o los consejos para el desarrollo personal que recomiendan los libros con más éxito. El Evangelio da diversos nombres a esta felicidad: vida eterna, Reino de Dios, alegría, comunión con Dios. Y al contrario de lo que comúnmente se cree, no es una promesa para el más allá, después de una vida en la tierra marcada por el sufrimiento. Jesús no promete, da. No anuncia para mañana, habla de hoy.

Sin embargo, esta felicidad de la que habla continuamente guarda algo misterioso e incluso inasible, como un perfume. Hay ciertamente un perfume de las bienaventuranzas, con

ese poder evocador, a veces tan poderoso, que puede tener el perfume, capaz de recrear de un golpe todo un ambiente, toda una época. En realidad, este perfume recorre todo el Evangelio: es el perfume del Reino de Dios. Quizá puedan sentir a qué me refiero: es ese sentimiento, más allá de tal o cual palabra de Jesús, de que hay en juego algo que es a la vez grande y bien sencillo, un cambio radical de vida, fundado en el amor, que parecería estar al alcance de la mano. Las parábolas giran alrededor sin entregárnoslo nunca del todo. El reino de Dios que va a dar a nuestra vida todo su espesor, la profundidad que presentimos sin encontrarla en el día a día, es a la vez inasible y furiosamente apetecible.

En el fondo, este perfume de las bienaventuranzas, este olor del Reino, es algo así como lo que percibimos cuando pasamos delante de una panadería. El olor a pan fresco y a bollería cosquillea la nariz, y abre el apetito. Es muy agradable, y también muy frustrante, al menos mientras no entramos en la panadería. Todo está en dejarse llevar por el olor y entrar; y mejor aún si comemos.

Sin embargo, sé perfectamente que el mundo está lleno de cristianos inquietos. Entiendo el malestar de todos aquellos que se dicen: siento el olor; ya he sentido —en la fuerza de una palabra, en la sonrisa de alguien, en el carácter grandioso de un paisaje— que allí había algo grande, pero no sé cómo hacer para que este presentimiento ingrese

en mi vida real. Me veo afuera de la panadería: siento el olor, ¡pero no tengo el bollo para hincarle el diente! ¿Soy, pues, un buen cristiano? Otros, parece que lo consiguen. Todo les parece fácil. Hablan de su intimidad con Dios como si hubieran estado tomando algo juntos, una hora antes, y escucharlos es formidable. ¿Soy verdaderamente cristiano si solo tengo el perfume de las Bienaventuranzas, el deseo de vivir ese vuelco de la vida, mientras que lo cotidiano no se levanta de ninguna manera por esas alturas sublimes, sino que se arrastra como puede?

Sin embargo, no hay nada que temer. Incluso esa hambre es la gracia que trabaja. Es la señal de que el Reino de Dios abre un surco. El pecado, el pecado de verdad, sería abandonar la partida a mitad de camino. O ir a buscar en otro lado la satisfacción de esta necesidad de eternidad, de ir a buscarla allí donde no la pueden dar. La vida cristiana es tener el coraje de no renunciar a la alegría; el coraje de buscar la felicidad y no un sucedáneo de la felicidad, una tranquilidad confortable, una ausencia de sufrimiento, ¡o vaya usted a saber qué otra cosa! Porque la felicidad es lo que Dios quiere para nosotros, puesto que la felicidad es nuestra vocación.

He ahí aún, una palabra que da miedo. Y tiene de qué: casi espontáneamente evoca la vocación del sacerdote, o la llamada a la vida religiosa. Así, cuando nos llaman a rezar «por las vocaciones», por lo general se trata de esas

vocaciones. Es una buena vía, ciertamente, y no voy a ser yo, fraile dominico, el que lo niegue. Pero, cuando aquí hablo de vocación, quiero referirme a algo más profundo. Tan profundo que, por lo general, nos cuesta mucho abordar. Incluso cuando se afirma que todos tenemos una vocación, con frecuencia nos sentimos molestos para definir la vocación de un laico, y sentimos la tentación de detenernos en un aspecto de la vida. Entonces, hablaremos, por ejemplo, de la vocación al matrimonio, o de tal oficio vivido como una verdadera vocación. Si, como lo indica el origen de la palabra, la vocación es llamada de Dios, entonces solo puede ser personal y, por lo tanto, única. Encontrarla no es identificar en qué caja de cartón prefabricado Dios quiere que nos metamos, ni con qué etiqueta concreta de botánica quiere clasificarnos. Vivir la vocación propia es, al contrario, partir a la aventura, de modo propio, de un modo que no se parece exactamente a ningún otro. Hay tantas vocaciones como personas, porque la vocación es el otro nombre de la vida espiritual, de la vida cristiana, de la vida sin más que Dios quiere proponernos.

He ahí por qué el Evangelio no nos da a leer discursos generales sobre la vocación, sino que nos cuenta vocaciones concretas, singulares. El evangelio de Juan nos cuenta así la de Natanael, un personaje del cual no sabemos gran cosa, más allá de su encuentro con Jesús.

Al día siguiente, determinó Jesús salir para Galilea; encuentra a Felipe y le dice: «Sígueme». Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encuentra a Natanael y le dice: «Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, hijo de José, de Nazaret». Natanael le replicó: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?». Felipe le contestó: «Ven y verás». Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño». Natanael le contesta: «¿De qué me conoces?». Jesús le responde: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi». Natanael respondió: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel». Jesús le contestó: «¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores». Y le añadió: «En verdad, en verdad os digo: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre» (Jn 1,43-51).

Este misterioso relato servirá de hilo conductor de las reflexiones que siguen, que dirijo tanto al cristiano comprometido en el seguimiento de Jesús, como al que duda de tomar este camino, tanto a la juventud que se interroga sobre su vocación, como a la gente de edad madura que no ha dejado de buscar. Porque creo que este relato es suficientemente rico para hablar a todos de nuestra vocación, es decir, del sentido de la vida cristiana. Quizá porque es fascinante esta vocación con esta misteriosa higuera plantada en su centro, que nos cubre con su sombra protectora

y nos acaricia con su dulce aroma. Esta higuera misteriosa, esta vocación tan incomprensible, porque vista de afuera, una auténtica vocación es siempre incomprensible, hasta constituir casi un criterio de discernimiento.

Sin duda, para comprender la vocación de Natanael habrá que intentar comprenderla desde su interior, pasando por nuestra propia vocación. Por la mía, sin duda, ya que soy el que escribe: tendré que hablar un poco de mí; pero eso, solo tendrá interés si logro hablarle a cada uno de su vocación, sin conocerlo. Hablar de la vocación, y, si puedo, animarlos a no renunciar a buscar la paz, a seguir buscando la alegría. Para hacerles sentir, quizá que estas palabras que anduvieron sueltas por ahí, no son simples lugares comunes de sacristía, sino realidades sustanciales, nutritivas, que nunca deberíamos dejar de desear.

Al escribir las líneas que siguen, una meditación barroca y, sin duda, un poco deshilachada, solo hice la mitad de la tarea, la más fácil. La otra mitad está por hacer. Tienen suerte, es la más bella.

El Cairo, 24 de agosto de 2016, en la fiesta de san Bartolomé, el apóstol desconocido que la tradición de la Iglesia identifica, desde hace mucho tiempo, con el Natanael del evangelio...

I.

Al día siguiente, determinó Jesús salir para Galilea; encuentra a Felipe y le dice: «Sígueme». Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encuentra a Natanael y le dice: «Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, hijo de José, de Nazaret». Natanael le replicó: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?». Felipe le contestó: «Ven y verás».

Todo comienza con una incomodidad.

O más bien lo extraño es que la vocación de Natanael comienza con el relato de otra vocación, por cierto, muy distinta. La vocación de Felipe es muy sencilla. La de Natanael es sinuosa, atravesada por sospechas, preguntas, intercambios increíbles, entusiasmos irrestrictos, incontenidos, ilimitados. Pasa, en unos instantes, del escepticismo a la confianza, del sarcasmo a la declaración de amor. Es inestable, hace lo que puede...

Para Felipe, nada de todo eso; para él todo es simple: Jesús le dice «sígueme», y él le sigue. Hace incluso más, lo recluta. No duda, testifica inmediatamente que el Cristo es el mesías, mientras que a Pedro le hará falta la mitad del evangelio de Mateo para comprender todo eso. Con Felipe

es fácil. Me acuerdo de un sacerdote, bastante admirable él, que se extasiaba ante esta disponibilidad, ante esta respuesta a la llamada de Cristo sin hacer otras preguntas, sin poner condiciones. Cuando en nuestros días —deploraba— se multiplican los tiempos de discernimiento, los retiros con los jesuitas, y se retrasa la respuesta esperando estar más maduro, estar más seguro.

Una respuesta inmediata es más entusiasmante, estoy de acuerdo, pero esta lectura es un poquito errada. No puede hacerse del relato de la vocación de Felipe un modelo para proponer a los servicios diocesanos de las vocaciones y a los responsables de los postulantes en conventos y monasterios. Sería incluso un contrasentido extremadamente peligroso, porque no está bien jugar con el entusiasmo de un joven. Hay que ser prudentes y no confundir valentía con temeridad.

Tanto más cuanto la vocación de Felipe, a mi modo de ver, nos cuenta otra cosa. Hablando con propiedad no se trata de un relato sobre la vocación. Sino que nos cuenta la vocación de *otro*. La vocación de alguien que nos precede. La historia de una vocación ya establecida y, por lo tanto, aparentemente sencilla.

Nadie es el primer cristiano. No nos hicimos cristianos sin que otros cristianos nos precedieran. Algunos de esos cristianos nos ayudaron a serlo: no solamente nuestros

Cuando estabas bajo la higuera

¿Cómo vivir la vida en plenitud? ¿Qué existencia quiere Dios para nosotros? La llamada de Jesús a Natanael, sentado bajo su higuera, prefigura la cuestión de nuestra vocación y nuestro deseo. A partir de este episodio del Evangelio de Juan y de su experiencia pastoral, Adrien Candiard abre un camino de conversión y esperanza. El deseo de lo absoluto, de lo infinito y de la vida verdadera está presente en cada uno de nosotros. Precisamente porque la vida a la que aspiramos se une al plan de amor de Dios para con nosotros, es a través de la singularidad de nuestras existencias como podemos anunciar el Reino y ser felices, aquí y ahora.

Depósito Legal: M-23555-2026



ISBN: 978-84-1339-301-8



9 788413 393018